



MUCHAS GRACIAS

30 00

—Yo no sé si resultaré la máscara del día, pero tengo intención de ser la más carita.

LA NOVELA DE HOY



LA NOVELA DE HOY

La popularísima Revista, ÚNICA en su género—cosa bien fácil de comprobar preguntando en los puestos de venta— tiene contratada la exclusiva con los ilustres escritores

Vicente Blasco Ibáñez, Pedro Mata,
Joaquín Belda, «El Caballero Audaz»,
Eduardo Zamacois, Alberto Insúa,
Antonio de Hoyos y Vinent, Wenceslao Fernández Flórez,
Ramón Pérez de Ayala, Rafael López de Haro,
Alvaro Retana, Luis Araquistain,
Juan Pérez Zúñiga, Vicente Díez de Tejada,
Fernando Mora y otros.

Lea usted, coleccionese usted
LA NOVELA DE HOY

La mejor editada. :: Los mejores autores y dibujantes. :: Interesantes interviús. :: La más popular:

30 céntimos ejemplar.



EDITORIAL "ATLÁNTIDA"

Calle de Mendizábal, núm. 42.-MADRID

Obras de W. FERNÁNDEZ FLÓREZ

«La procesión de los días», novela (tercera edición).
«*Volvoreta*», novela premiada en el concurso de Bellas artes (séptima edición).
«Ha entrado un ladrón», novela (quinta edición).
«Silencio», novela (segunda edición).
«Las gafas del Diablo» (ensayos humorísticos), premiada por la Real Academia Española (cuarta edición).

«El espejo irónico», ensayos humorísticos (segunda edición).
«Acotaciones de un oyente», impresiones parlamentarias» (segunda edición).
«Tragedias de la vida vulgar», cuentos (segunda edición).
«El secreto de Barba Azul», novela últimamente publicada.

EN PRENSA

«Visiones de neurastenia», 4 pesetas.

5 pesetas cada volumen.

TODO DE COLOR DE ROSA, Alvaro Retana, 4 ptas.
EL HIJO LEGAL, Artemio Precioso, 4 pesetas.

EN PRENSA

LA NIÑEZ DE ÁNGEL PERDIDO, por A. Vidal y Planas.

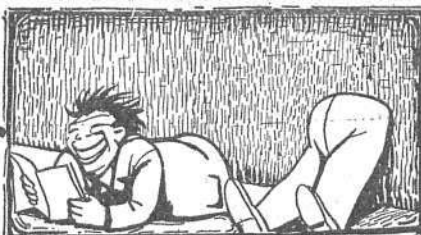
CUENTOS DE LA TIERRA (obra póstuma), Condesa de Pardo Bazán, 5 pesetas.

HAMPA Y MISERIA, (novela), por José Más, y

LA ESPAÑA CHICA, por José Cuartero, 4 pesetas.

MUCHAS GRACIAS

APARECE LOS SABADOS



REVISTA COMICO-SATIRICA
DIRECTOR ARTEMIO PRECIOSO
REDACCION Y ADMINISTRACION, MEN-
DIZABAL 42 TELEFONO 2453-J.
PRECIO DEL EJEMPLAR 30 CENTIMOS

AÑO I



MADRID, 1.º DE MARZO DE 1924



NÚM. 5

GLOSARIO



SEMANAL

Max Linder y su esposa se han envenenado con una disolución de veronal.

Se ignora por qué habrán tomado tan fatal disolución.

Según me ha contado mi romántica patrona los suicidas recién casados se amaban como Romeo y Julieta.

Mas, por lo visto, ¡oh patrona!, se hacen hoy, para su mal, los amantes de Verona, amantes del veronal!

Hablando del verdugo que ha realizado últimamente diversas ejecuciones por varias Audiencias andaluzas, dice un periódico:

"El ejecutor de la Justicia parece muy joven"...

¿Conque muy joven?...

¡Ah, pues entonces hará carrera! Porque está apretando mucho.

Leo en una tira anunciadora: "Chelito".—"Sólo por siete noches". Está bien. Para mí es bastante.

La moderna "Historia de España" se está escribiendo con los pies.

Y no me refiero a los "opúsculos históricos" que puedan redactar nuestros pedestres académicos.

Al decir los pies me refiero a la actual manía futbolística.

Vean ustedes lo que nos cuenta un corresponsal bilbaíno, a propósito del último partido interregional:

"...tras reñida lucha, Sancho avanza y llega a las puertas de Zamora..."

¡"Sancho a las puertas de Zamora!"

Si esto no es una página histórica, que me metan gol!

Blasco Ibáñez se ha ido a Manila. ¡Allá él!

Pero a su edad, don Vicente, no nos parece prudente.

Los hundimientos están a la orden del día.

La plaza de Canalejas parece una bocamina.

Decididamente el terreno que hoy pisamos no es del todo firme.

Y dicen que la culpa de todo la tienen los antiguos viajes.

Que son muy malos.

Lo cual que yo creo que peores son los nuevos.

Que son... a Canarias.

Leo en un telegrama de Avila:

"Trenes detenidos."

¿Los trenes, también?

Romanones, por si acaso, se marchó con tiempo escaso, y a buen paso, en el correo...

(¿Romanones, a buen paso?...

¡No lo creo!)

¡La vivienda barata!

Pisos de ocho duros con calefacción individual, baño de sol y teléfono sin hilos. (Los ocho duros no dan para alambre.)

Tienen los tales pisos una sala, un comedor, varias alcobas y hasta cocina, por si hubiere algo que guisar.

¡Y todo por cuarenta pesetas!

Ahora que... ¿ustedes tienen las cuarenta?...

Porque nosotros, ni veinte en bastos.

Ayer don Cornelio Hermosa del Toro y Villamugía, fué a ver "Mi mujer es mía" con un primo de su esposa.

Y nada más.

El tiempo que se desliza con una esponja ha borrado en el actual encerado la menor huella de tiza.

Luis de Tapia.

Telegramas de madrugada

(CONTESTACIÓN PAGADA.—VÍA LÁCTEA)

José Juan Cadenas.—Protestamos contra designación por personas malévolas director picadero.

José Francés.—Ruégole conceda hora interviuarle acerca grandiosos proyectos editoriales intención levantar muerto.

Padre Revilla.—Felicitámosle rasgo heroico visitar tiples teatro Apolo misión cristianísima.

Azorín.—Postrámonos hinojos... y yerba güena admirables artículos critica originales amenisimos.

Martínez Sierra.—Cada uno debe vivir su vida y no salirse tiesto... suele romperse.

Marqués Cortina.—Felicitámosle generoso rasgo ofrecer Agua Solares Unamuno Soriano Fuerteventura precio coste. Hombres su generosidad pueden salvar país.

Marañón.—Enhorabuena últimos descubrimientos y análisis.



GARRIDO

—¡Y, sobre todo, llevo este disfraz porque me sale de las tripas!

Dib. de Garrido.



Peláez y Restrepo

Nunca he conocido una amistad más entrañable que la de Peláez y Restrepo, dos viejos coristas del teatro de la Metrópoli. En cuanto alguno de ellos terminaba en la escena su papel—¿le llamaremos papel a una acción muda cuyo contenido total se expresaba, a lo sumo, en una acotación?—, lanzábase desalado en pos del otro y, ya juntos, enfrascábanse ambos en conversaciones interminables. Si, a la muerte de Peláez, tuviésemos que definir su vida en una frase sintética, diríamos que, toda ella, no había pasado de ser una larga conversación con Restrepo. Y como la vida de Restrepo, a su vez, no ha sido nunca, en el fondo, más que una larga conversación con Peláez, es de suponer que, al óbito de éste, Restrepo, considerando terminada su misión en el planeta, presentará la dimisión y se trasladará al otro mundo con toda la *réclame* de que debe rodear esta *tournee* un actor que se estime en algo.

Un día el director de escena llamó a aquellos grandes amigos. Se iba a estrenar una obra en la que ambos actores, sentados en segundo término ante un velador, debían fingir una conversación muy animada mientras ingurgitaban algunas copas de coñac.

—La cosa—añadió el director—no puede ser más sencilla. Ustedes se toman unas copitas, como de costumbre, y hablan de sus asuntos con su tono de voz habitual. Y cada sábado se pasan ustedes por contaduría, donde se le entregarán setenta pesetas a cada uno.

¿Qué le parece a usted de este porvenir, amigo lector? Yo ignoro los medios de fortuna de que usted dispone, así como también ignoro sus hábitos personales y colectivos; pero si tiene usted costumbre, por ejemplo, de irse a tomar una copa de licor todas las tardes y fumarse un cigarro puro con su amigo Martínez en el café de la Colegiata, y si, esto sentado, un señor le dice a usted que está dispuesto a darle dos duros diarios a condición de que vaya usted al café de la Colegiata todas las tardes para fumarse allí un puro y saborear un licor con su amigo Martínez, ¿no considerará usted semejante proposición como una muestra del particular aprecio con que, indudablemente, le distinguen a usted los dioses?

Pero hay cosas fáciles que son de una enorme dificultad. Llegó la noche del estreno en el teatro Metropolitano. Restrepo y Peláez, sentados ante su velador, charlaban alegremente en medio de la escena, esperando que el telón fuese levantado. Por fin suena la hora suprema. El telón se levanta y, de pronto, al cabo de treinta años de una conversación que ni aun en los ratos dedicados al sueño se había interrumpido jamás completamente—Peláez era un poco sonámbulo—, he aquí que los dos viejos camaradas no encuentran absolutamente nada que decirse. Nada. ¡Nada! ¡¡Nada!!...

—¡Ejem! ¡Ejem!—hace Peláez.

Restrepo, enteramente de acuerdo con él, le responde:

—¡Ejem! ¡Ejem!...

Y mientras el traspunte, desde bastidores, los conmina a hablar, los dos coristas, gesticulando desesperadamente en un espacio desprovisto de toda vibración sonora, dan la idea de esos naufragos que, hundidos en el agua, se ponen a pedalear en ella

ADVERTENCIA



—Y tu novio, ¿qué es? ¿Rubio o moreno?

—Castaño.

—Pues ten cuidado, que a veces los castaños resultan alcornoques.

Dib. de Garrido.

con un entusiasmo frenético, como si quisieran persuadirnos de que están en un velódromo.

Peléez y Restrepo no cambiaron aquella noche una sola palabra... hasta que cayó el telón. Entonces, ya a espaldas del público, rompieron a charlar como dos sacamuelas, echándose el uno al otro la culpa de lo ocurrido. Su disputa adquirió descomunales proporciones, y en el segundo acto hubo que echarlos a la calle porque, situados junto al escenario, dominaban con su griterío la voz del protagonista...

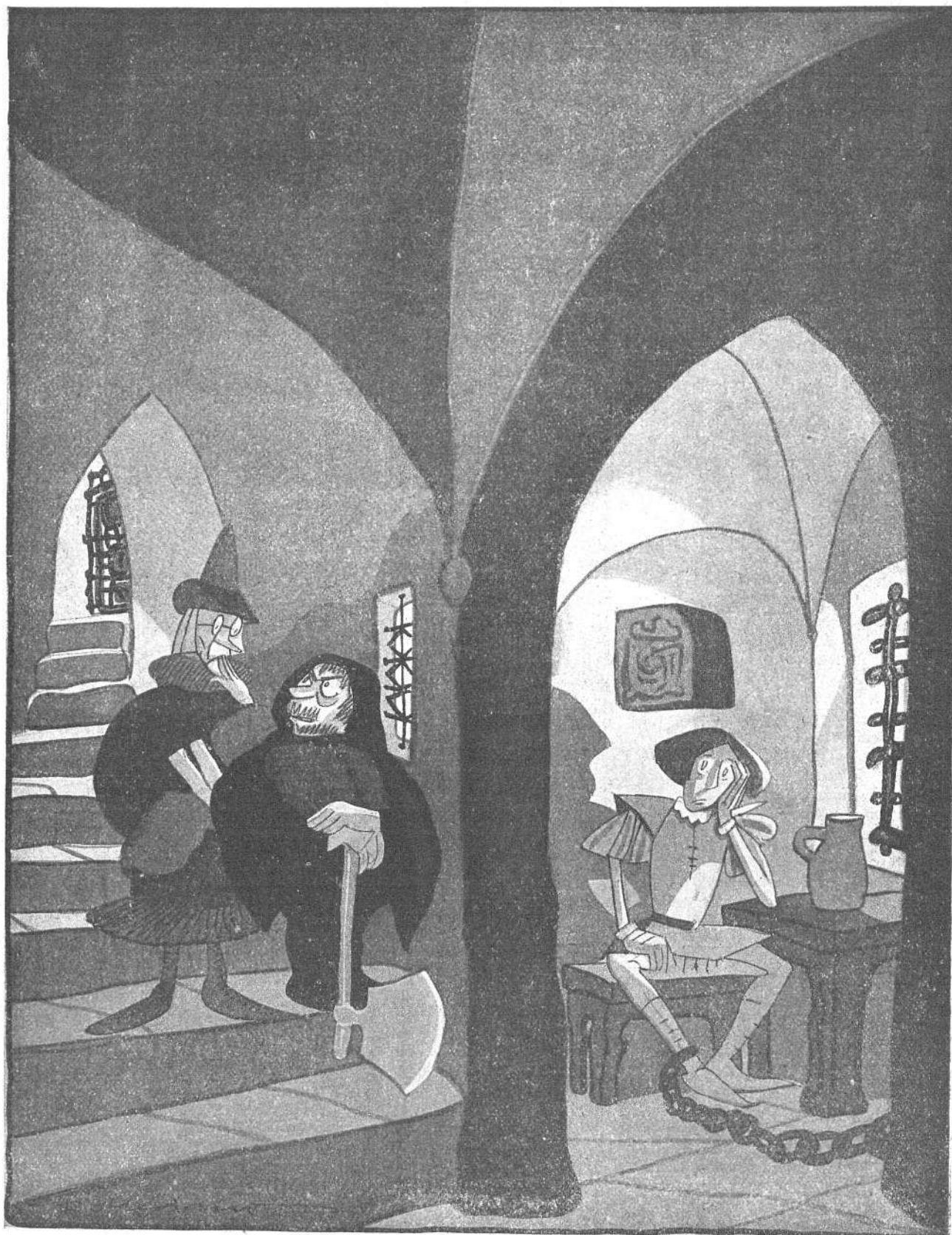
Esta anécdota se la destino a un querido camarada que, días atrás, me envió dos letras pidiéndome hora para someterme a una interviú. Yo he hablado centenares de veces con el camarada en cuestión, cuando se me ha aparecido solo, como tal camarada que es, pero, en cuanto se me aparezca representando a sus lectores, no logrará sacar de mí una sola palabra. ¡Qué vamos a hacerle! Yo soy un poco como el viejo Restrepo y como el viejo Peláez. El público me cohibe y cuando, ante el periodista que viene a hacerme una interviú, se me ocurre, por ejemplo, frotarme las manos, reprimo en el acto este deseo inconsciente.

—Un hombre—pienso—que, situado de pronto ante millares de personas, no encuentra otro modo más brillante de producirse que este de frotar una mano contra la otra, pasará forzosamente por un imbécil...

Hay grandes fantasmones que nunca dicen cosas como "¡Hola, hola!" o "¡Bien, hombre, bien!", que usan constantemente esa ropa que se llama seria y hablan con voz de bajo, como si la vida fuese un entierro o una asamblea de confraternidad hispano-americana y que, aun en el acto de quitarse los calcetines, proceden siempre como si cuarenta siglos los estuviesen contemplando. A estos hombres no les intimida el público. Son hombres que carecen de intimidad y que, con quienquiera que hablan, hablan siempre en el supuesto de que su interlocutor les está haciendo una interviú, pero yo soy un hombre de otra especie. Soy de la especie, más sencilla y más humana, de Restrepo y de Peláez y, aunque bastante parlanchín por naturaleza, si alguien me viene a interviuar no encontraré absolutamente nada que decirle.

Julio Camba.

COSAS DE LA "VIA"



—Es simpático al donce!. Siento tener que cortarle la cabeza. Dimc, ¿por qué le manda matar el Conde?

—Porque vino por la Castellana.

—¡Qué primo! ¡Con lo fácil que le hubiera sido venir por la Gran Vía!



Las pobres máscaras

Del Carnaval, como de todas las cosas llamadas a desaparecer, se ha escrito y hablado mucho, y se continuará hablando y escribiendo por los siglos de los siglos.

Pero, a mi juicio, no se ha querido ver el verdadero aspecto del Carnaval: yo no digo que siempre haya sido así, pero afirmo que a la hora de ahora, el Carnaval es una fiesta de expiación.

Me explicaré... antes de disfrazarme.

Todo el mundo sabe que en las procesiones de Semana Santa de muchos sitios de España, y de fuera de España, a más del elemento que pudiéramos llamar de ornato y decorativo, hay una nota tétrica, dolorosa, que, a veces, llega hasta a ser trágica: me refiero a los penitentes: son éstos unos individuos o individuos —acerca de los cuales no sería lícita broma de ningún género— que habiendo pasado en su vida por una gran aflicción, ofrecen, si salen con bien de ella, exhibirse en los días lúctuosos de la Gran Semana del Dolor, vistiendo humilde sayal, con los pies descalzos y, a veces, con una auténtica cruz a cuestras, detrás de la imagen preferida.

La vida moderna—esa cosa dislocada y divertida a ratos que se llama la vida moderna—tiende a la confusión y a la extensión de los conceptos; y cuando el Carnaval dejó de ser esa fiesta de la locura y de la perversidad de que nos hablan nuestros abuelos, insensiblemente, sin ponerse deliberadamente a ello, muchas personas inventaron una forma nueva de la penitencia y del holocausto.

Yo me convencí de ello en cierta ocasión en que un tío mío, que había sido empleado en la Deuda, se vió atacado seriamente del tifus exantemático: en sus horas de delirio, en que le daba por firmar en blanco hojas del talonario de su cuenta corriente, decía, con el acento de una profunda convicción:

—Señor, si me sacas con bien de ésta, yo te ofrezco disfrazarme de

peón de albañil las cuatro tardes del venidero Carnaval.

Yo tomé aquello por una incongruencia; pero llegó el Carnaval, y como volviese yo al centro de Madrid a la hora del crepúsculo de uno de sus días, topéme frente al teatro de Apolo con un albañil que parecía que acababa de abandonar el andamio en noche de sábado.

—No me conoces, no me conoces: eres un pelmazo—me agredió decidido.

Yo, naturalmente, conocíle en seguida. Era mi tío. Por si a mi conocimiento le faltaba algún dato, un guardia, que llegó oportunamente, obligó a mi pariente a quitarse el

antifaz, porque ya era noche cerrada.

—Aquí donde me ves estoy cumpliendo una promesa. Ya supondrás que no me he vestido de máscara para divertirme. ¿No recuerdas cuando estuve tan malito con el tifus?

Yo recordé todo perfectamente, y aquel caso de mi tío me abrió los ojos para una nueva interpretación del sentido del Carnaval moderno.

Fijándome en ello, he visto después repetido el caso muchas veces. Hay quien, para escapar de una diabetes, ofrece disfrazarse de pierrot, y la mayoría de los arlequines que verán ustedes por esas calles de Dios en estos días son convalecientes de bronconeumonías.



—El.—Cada vez que rechaza usted mis nobles proposiciones me invade la tristeza de los árboles sin hojas.

Ella.—Ya; ya le veo a usted sin nada en la copa.

Ello explicará tal vez el sentido patético que tiene Luper calia de algunos años a esta parte; la mejor casa alquiladora de disfraces es el hospital de San Carlos.

Pero ello debe servirnos también para dar a las cosas su verdadero sentido y no extremar la nota: a las pobres máscaras debe tratárselas con un poco más de consideración; la mayoría de ellas cumplen un voto y son verdaderos casos de masoquismo.

Debe, pues, procurarse, al arrojarles el confetti tradicional, no mezclar a los papelillos multicolores ninguna nuez o pedrusco de la sierra, como es costumbre entre los pollos elegantes.

Y cuando se arroja una serpentina de esas que tienen un trocito de plomo en la punta, conviene no apuntar directamente al ojo del infeliz disfrazado.

Aunque no sea más que teniendo en cuenta que alguno de ellos, a más de cumplir una promesa, va suicidándose involuntariamente.

Digo esto porque hay quien para agradecer el haber escapado de un simple catarro, se viste de destrozona, y, como el tiempo se ponga un poco bromista, el martes de Carnaval pesca una pulmonía.

Joaquín Belda.



El agente.—Pues he logrado que la chica pueda debutar en el Salón Molinete para levantar el telón.

La madre (ingenuamente).—Pues si no es na más que pa eso pué ir su padre, que está ahora de más.

Dib. de Puig.



De las propinas espléndidas.

Antes de dar una propina de más de treinta céntimos, piensa en las

cosas que podrías adquirir con la demasiada, y si después de pensarlo la das, ¡que te canonicen, rico!

De la galantería

Debes ser galante con las mujeres. Sobre todo en el tranvía y sobre todo si son guapas. Debes llevar tu sacrificio más allá de levantarte para que se siente ella en tu puesto. Debes solicitar de ella que se siente encima de ti.

De los botellazos (sucedido)

Si riñes en el café y comprendes que tu contrincante te va a contusionar y tú te sientes con fuerzas y decisión para repeler, no cojas del cuello la botella del agua y la levantes en alto con la piadosa intención de estrellarla contra la cabeza de tu contrario. Fatalmente, y siempre que la botella esté llena, se vaciará rápidamente en la manga de tu americana.

Consejo especial

Si piensas disfrazarte este Carnaval, no te guíes de tu impulso, porque a lo mejor te disfrazas de Edmón de Bries, y te descubres.

¡MENTIRA!

—Caretas enteras le puedo a usted servir. Las narices me se han acabao.



DIAZ-ANTON



CONFESIONES DE UN NIÑO

LAS HERRAMIENTAS

—¿Quién iba a creer—exclama en un cuento viejo cierto labriego que nunca se había acercado a una playa—que en el mar hubiese tanta agua?

—¿Que si hay agua?—le responde otro rústico—, ¡ya lo creo!... ¡Y considera que no vemos la que está debajo!...

¡Frase, en verdad, transcendente y profunda!... Porque lo visible es lo formal, lo epidérmico de las cosas; y lo grave, lo recio, es, cabalmente, lo que no podemos ver; "lo que está debajo".

Cuanto Hartmann, Guyau o Fouillee, escribieron acerca de la omnipotencia de "lo subconsciente", hálase abreviado en esa pampirolada vulgar. Podremos recorrer nuestra casa con los ojos vendados; podremos, a oscuras, registrar nuestro baúl sin vacilaciones, cual si llevásemos los ojos y el entendimiento en

la punta de los dedos: mas nunca sabremos caminar por el laberinto de nuestro mundo interior, ni devanar la maraña infinita de fuerzas heredadas o adquiridas, ocultas en él. De ahí la dificultad—¿por qué no decir la imposibilidad?—de cumplir el *nosce te ipsum* socrático, piedra angular de la ciencia del conocimiento. La totalidad de nuestras grandes ideas-motrices ahinca profundamente sus raíces "en lo que está debajo", y representa el destino de los trágicos griegos. Un hombre no pasa de ser "una mueca" de su raza, una conciencia que flota, como desmantelado bergantín sobre un océano de inconsciencia; un pelele empujado, manejado, por los millares de generaciones que vivieron antes que él. La esencia de la vida humana está hecha de Fatalidad, y así el libro que escribimos, la pasión que una mujer nos inspira, el crimen que

nos infama las manos, nunca son enteramente nuestros.

Por eso el Milagro no existe para mí, pues todo, a la larga, se razona y explica. No es fácil, de conseguirte, que yo de nada me maraville; y, sin embargo, sigo asombrándome de que mi madre y mi padre llegasen a envejecer juntos. Ella era vehemente, y él parsimonioso; ella representaba el impulso, y él la reflexión; mi madre precipitábase furibunda al encuentro de los hechos, y mi padre, envuelto en la sonrisa de Zenón, los dejaba pasar. Ella, actuaba, vivía; él, se dejaba vivir. Mi madre creía en la Voluntad, y mi padre sólo creía en el Tiempo...

Hablando consigo mismo, mi padre solía exclamar en alta voz, y como resignándose:

—“¡Así son!...”

Era su muletilla.

¿Con quién hablaba?...

Al oírle, mi madre, nerviosamente, levantaba la cabeza para mirarle y penetrar en su pensamiento.

—“Así son...”—repetía un poco airada—: ¿a quién te refieres? ¿Quiénes son así?... Tu frase carece de sentido común...



— No sé lo que me pasa, que parece que se me va la cabeza.

Dib. De Diego.

La irritaba el enigma.

El la contemplaba irónico y no respondía. ¿Para qué?... La explicación quizás hubiera sido demasiado larga. Tal vez aludía a los hombres, a las cosas, a las mil socialidades con que la Vida inexorable nos atropella. Y por eso su alma, que siempre tuvo ante el dolor una inmovilidad estatuaría, no conoció el odio.

En la época a que voy a referirme mis coautores llevaban vida montañesa: del lugar en que habitaban al poblado más cercano mediarían, cuando menos, cuatro o cinco kilómetros.

Una noche, mientras se acostaban, mi madre, luego de lamentarse con el hiperbólico ardor en ella habitual, de los destrozos que las gallinas cometían a diario en el jardín, expuso la necesidad perentoria de encerrarlas. Mi padre asentía; quizás aquellos desperfectos no le parecieran dignos de tan rigurosa medida, pero asentía: la conformidad era para él la expresión más elegante de la pereza. Entonces mi madre quiso saber si él sería capaz de construir un gallinero. Mi padre afirmó:

—Yo, sí.

A ella la sorprendió un poco aquel aplomo.

—¿De veras te atreves a hacer un gallinero, techado y con su puerta?

—Indudablemente; mañana mismo, si quieres.

Con esta seguridad mi madre, devota fervida de Nuestra Señora la Diligencia, se durmió feliz.

Al siguiente día, muy temprano, mi padre buscó al rústico que todas las mañanas iba al pueblo a comprar el pan y demás municiones de boca precisas a la vida cotidiana.

—Fulano—le dijo—, he pensado fabricar un gallinero donde encerrar a las gallinas, que están arruinándome el jardín, y deseo me traiga usted algunas herramientas.

—Sí, señor.

—Desde luego necesito un kilo de clavos grandes y un buen martillo.

—Comprendido.

—Asimismo me son indispensables un cepillo de carpintero, una sierra, unas tenazas y un escoplo.

—Perfectamente, sí, señor. ¿Qué más?—inquirió el mandadero.

—Mi padre vaciló; meditaba.

—¡Ah, sí!... Compre usted también un rollo de alambre...

En la habitación donde ambos se hallaban apareció mi madre, que acababa de levantarse. Me la imaginaba como seguramente era entonces: alta, delgada, con sus cabellos azabachados de criolla y sus magníficos ojos impacientes, dominantes y negrísimos.

—¿De qué hablabais?—preguntó.

CARETAS DEL CARNAVAL DE LA VIDA

POR DEMETRIO



Esta viuda se pone la careta del sufrimiento para que la gente crea que la consume la tortura del recuerdo...

Pero en la segunda viñeta se pone de manifiesto lo que tiene de Carnaval el gesto de la dama.



Gutiérrez va a los estrenos de los autores amigos, y aun de los nada más conocidos, con butaca gratis. Y aunque se pone la careta del más halagador entusiasmo y aplaude sin cesar, para que le vean, como de rodillas para abajo no le ven, pateando furiosamente.

Explicóselo mi padre, y ella se echó a reír.

—¡Bah!—repuso desdenosa— ¿y para hacer un gallinero necesitas herramientas?

—¡Claro!... Tú dirás... ¿Cómo iba a hacerlo?... ¿Con las manos?

—¡Pues, eso!... Hacerlo con herramientas no tiene mérito; la gracia estriba en hacerlo sin herramientas. ¿No lo comprendes?

Mi padre, después de medir la profundidad de estas palabras, replicó, burlón y flemático:

—¡También tienes razón!...

Y añadió, muy satisfecho de quitarse aquel cuidado de encima:

—Pero, en esas condiciones, serás tú quien lo haga...

Y como los padres, según antes dije, se pintan en sus hijos, este diálogo se ha repetido a lo largo de mi laboriosa vida diferentes veces. Todo cuanto en ella advierto de transcendental, todo lo que he hecho, lo hice así, a la aventura; lo hice... como quería mi madre hacer el gallinero: sin herramientas...

“La gracia” de mi obra está ahí...

Eduardo Zamacois.

TEATROS



Espantaleón y Carmen Muñoz, intérpretes de la obra de los señores Paso y Pacheco, titulada *El talento de mi mujer*, estrenada en el teatro Rey Alfonso. (Caricaturas de Sirio.)

Mi mujer es mía

De la comedia estrenada últimamente en el Cómico, de los Sres. Navarrete y Abellán, con el rótulo de *Mi mujer es mía*, lo único que no nos gusta, aparte ciertas nebulosidades en el personaje central, es el título, que consideramos impropio. Pero si el nombre no hace a la cosa, en estos jóvenes autores—y sólo como autores los calificamos de jóvenes—saludamos a dos comediógrafos que han de obtener positivos y remuneradores triunfos. La victoria de la otra noche fué franca.

Es simpático que se lleve a las tablas, en vez del eterno burgués, más o menos banquero, al novelista que sólo vive por y para sus obras. Aunque hemos de confesar que el personaje retratado no parece español, sino que más bien se asemeja a Guido da Verona, el escritor galante tan discutido en Italia.

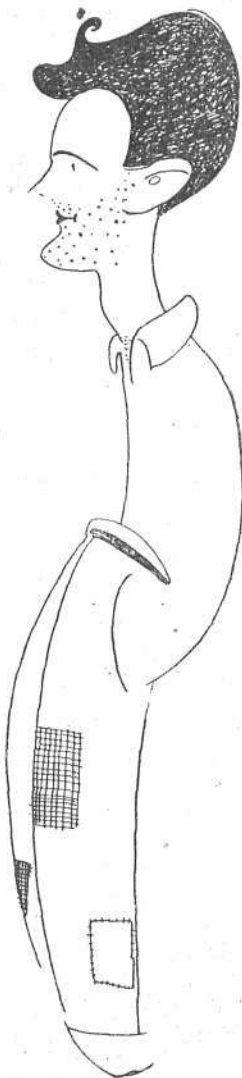
En cuanto a María Palou—la actriz más perfecta de las que en plena juventud actúan hoy—, estuvo como siempre genial, aunque a veces el papel la hiciera recortar lo inmenso de sus facultades artísticas.

En resumen: una buena comedia, un éxito, unos autores y una jornada consoladora para Felipe Sassone, el gran novelista y gran simpático.

Los milagros del jornal

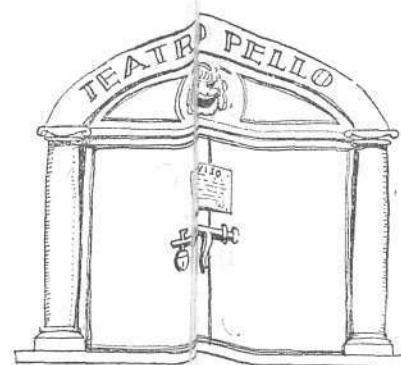
Es en el sainete donde Arniches luce con más brillantez sus grandes facultades creadoras. El estrenado últimamente en Eslava, fué para el maestro D. Carlos un éxito merecido. *Los milagros del jornal* es una filigrana en su género. Unase a esto que el papel principal encarnaba en Catalina Bárcena..., y comprenderán que un periódico satírico no puede

cumplir en ciertos casos, por imposibilidad absoluta, su grande y elevada misión. A. H.



Manuel Collado, intérprete de *Los milagros del jornal*.

Teatro



Pello

AVISO

Otra víctima de la crisis teatral. He aquí el Teatro Pello, que ha cerrado inesperadamente sus puertas en pleno éxito y cuando sus localidades habían de encargarse con ocho días de anticipación.

Arquímedes, Newton y otros grandes matemáticos no podrían explicarse, a buen seguro, este curioso fenómeno que se "da" en el mundo teatral casi todos los días.

Pero no nos metamos en camisetas crematísticas.

La compañía Arroyo-Claró pasa íntegra del "verso" al género lírico, con ese admirable don de adaptación y esa elegante flexibilidad que caracteriza hoy a nuestros cómicos, y que tanto hemos aplaudido en otros farsantes: los políticos del antiguo régimen.

Este cambio de género no obedece sólo a una necesidad económica, tiene su verdadera raigambre en un simple accidente, mejor dicho incidente, que como muchos otros simples incidentes ha dado pie y un poco de tobillo a un magno descubrimiento.

El día en que D. Honorio Pello dió el "cerrojazo", se encerró con él en contaduría el director y primer actor, el manso Arroyo, que, desbordándose en improperios contra la empresa, empezó a lanzar grandes voces y atacó un "¡Usted es un burro!", dando un *la* sostenido tan fácilmente, que el maestro Peado La Voz, que estaba en el saloncillo, exclamó lleno de asombro: "¡El hombre que grita a ese tenor es un barítono estupendo!"

Dos horas más tarde el maestro Peado La Voz volvía con D. Herógenes Pezao, el antiguo y acredi-

tado sastre de la calle del Pez, metido ahora a empresario de zarzuela, contrataba a toda la compañía de Arroyo y subarrendaba el teatro a D. Honorio por cuarenta y cinco años prorrogables, decidido a cultivar el género lírico hasta con abonos de superfosfato de sosa.

El Teatro Pello, al cambiar de género y de empresa, cambia también de título y pasa a denominarse Teatro Pezao.

La dirección artística cuenta ya con las siguientes obras: "La caravana de Ambrosio", opereta oriental, del maestro Rosillo; "La celada", de Guerrero; "El armario", de Luna; "La mancha de sangre", de Larregla; "Matacantantes", de Soutullo y Vert; "La expulsión de las judías", ópera histórica, de Fuentes y Camarero; "El chocolate de la favorita", de Vives y La Gozas; "El Taxi", vodevil del maestro Alonso (con el nuevo pasodoble de "la banderita"); "El pestillo se levanta", de La Puerta, y una revista titulada "Lo moreno lo hizo Dios...", de Moreno Torroba.

Todas estas obras y todos los elementos de la compañía nos parecen de perlas. La temporada será brillante.

El empeño es bueno. Yo, que continuo en mi cargo de autor único, hago votos por que el éxito lo corone.

Y si fracasamos de nuevo, dejaré de hacer votos y me pondré a hacer botas.

A mí no me zarandea la crisis teatral.

Fernando Luque.

Vives, el "Poliédrico"

Don Amadeo, el gran músico, marcha a América, al frente de la compañía Delgado, con el repertorio del dis-cutido autor de *Bohemios*... Y nosotros, que admiramos como pocos al maestro Vives, que no creemos, como creen muchos, que ha entrado a saco sobre las ajenas partituras, entendemos que el compositor de *Doña Francisquita* debió quedarse en Madrid y no ir de embajador artístico allende los mares... Porque si el gran Vives, como artista, es genial, como hombre es poco recomendable, por su carácter "poliédrico", por su agriado líquido lácteo... Retorcido, esquinado, inquieto, su figura aleonada y su corazón ajeno a toda efusión sentimental, es poco eficaz para representarnos artísticamente en las Repúblicas hermanas. Nuestros descendientes americanos formarán una idea bien triste de los españoles, del carácter español, tratando a D. Amadeo, que



El maestro Vives, visto por Sirio.

es un duro demasiado duro y metálico..., que no pasa fácilmente. El simpático Delgado iría mejor con el bagaje artístico de Vives, sin Vives...

CURRINCHERIAS

CINEBRUTALIDADES

No somos enemigos del cine ni mucho menos.

Pero el cine a veces nos anonada con su brutalidad. Hace unos días se ha puesto en casi todas las pantallas madrileñas la película *Eugenia Gran-*

det, según la archicélebre novela que escribió Balzac en el año de 1833.

Bueno... pues uno de los personajes... ¡usa automóvil!

¡Hay derecho a falsear así una obra maestra de la literatura universal?

¡Menos mal que el noventa por ciento de los cinématógrafos no se enteran apenas de lo que proyecta la linterna!

EL AUTOR FANTASMA

—¿De quién es el *Ku-Klux-Klan*?
—Hombre, del autor del *Waya Wais*.

—Y ¿de quién es el *Waya Wais*?
—Pues del autor del *Ku-Klux-Klan*. Como ustedes ven, la cosa es clarísima.

Quiere decir que el *Ku-Klux-Klan* se da postín, con su hermandad con el *Waya Wais*, ni más ni menos que si el *Waya Wais* fuese *Parsifal*.

Y la verdad es que el *Ku-Klux-Klan* y el *Waya Wais* como cuplés son más malos que los calambres del cólera.

¡USTED ES UN HACHA!

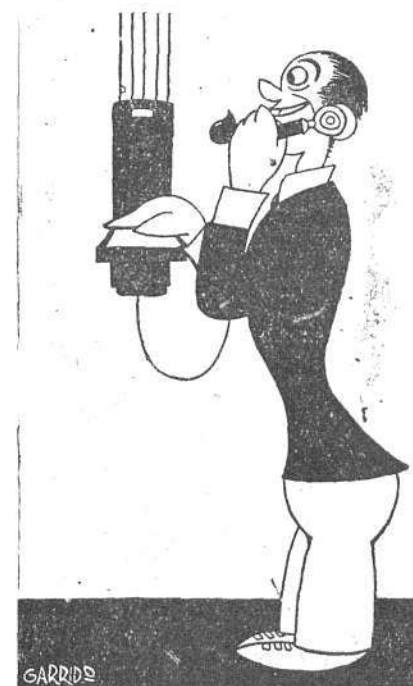
Sinesio Delgado, nuestro dilecto amigo, llama en el *A B C* compañero a Gabriel D'Annunzio.

Ya sabíamos que el maestro Delgado es en los cenáculos teatrales el rey de los maldicientes, pero nunca creímos que llegara a tanto.

¡Por Dios, don Sinesio!... ¿Qué le ha hecho a usted D'Annunzio para que lo menosprecie de esa manera?

P.co de la Mirandola.

¡QUE CONSECUENTE!



—¿Es el "Ideal Corrusco"? ¿Qué butacas tiene para esta noche? ¿Todas, menos la del bombero? ¿Y va todas las noches el bombero?



En confianza

HISPANOAMERICANISMO

“La Patria—ha dicho D. Armando Palacio Valdés en la sesión inaugural de la Sección Iberoamericana del Ateneo—no está formada por terrones y yerbas, sino por religión y lengua. El que haya dicho alguna vez en su vida “Padrenuestro que estás en los cielos...” y haya exclamado en horas de angustia “Madre del alma”, ese es nuestro compatriota.”

Creemos que merece toda simpatía y admiración la labor literaria del maestro Palacio Valdés; pero ello no obsta para que ciertos sermones nos parezcan más propios del púlpito de los Luises o de los Caballeros del Pilar que de la presidencia del Ateneo. Después del viaje a América del cardenal Benlloch, no nos faltaba más que esto: que el Ateneo de Madrid comenzara también su hispanoamericanismo a base de rosario.

Nuestro más profundo respeto para todas las creencias religiosas —nosotros también tenemos las nuestras, y las guardamos en las mejores “moradas” de nuestro “castillo interior”—; pero, ¡por Dios!, basta ya de vincular la Patria y la Raza al Vaticano. ¡Basta ya de sacristía, de religión oficial, de bambolla clerical, de arzobispos de banquete e interviú! Y, sobre todo, no nos empeñemos en exportar tales productos. Dejemos que el Sr. Ben-

lloch, émulo de Francos Rodríguez, pasee su excelente apetito y su graciosa oratoria por el solar hispano; pero ¿para qué encomendarle misiones y representaciones espirituales en América? Mejor sería encomendarle representaciones muy materiales: ¡qué buena propaganda haría el orondo prelado de la butifarra catalana, del chorizo de Pamplona, de la sobreasada de Mallorca, del jamón serrano, de los embutidos de Extremadura, etc., etc., etc...

En fin, es verdaderamente lamentable que el Ateneo de Madrid, y por boca del maestro Palacio Valdés, haya comenzado su campaña hispanoamericana coreando al cardenal Benlloch.

LA GRAN TRAGICA

La Raquel Meller viene cada vez más trágica. Se ha empeñado en comunicarnos con sus cuplés el escalofrío de la tragedia, y lo único que nos comunica es risa para todo el año. Además de las tragedias compuestas directamente en cuplé para ella, como el “Relicario” y el “Ahorcado”, ha “cupletizado” *Tierra baja*, *Carmen*, *La dama de las Camelias...*, y esperamos que muy pronto le oiremos cantar, con música del maestro Font y letra de Raffles, *Los siete sobre Tebas*, *Edipo rey*, *La vida es sueño*, *El rey Lear...*; pero cuando realmente obtendrá un triunfo definitivo será cuando Ricardo Baeza concluya de ponerle en cuplés el teatro completo de Pirandello y de Jacinto Grau.

Algunos cronistas han llamado a Raquel Meller la divina y la han comparado con Sara Bernhardt y Eleonora Duse; yo más bien la compararía, como trágica, con aquella ge-



Raquel Meller, vista por Sirio.

nial artista, tan injustamente olvidada, que se llamó en el siglo madame Pimentón. Y digo que “se llamó en el siglo”, porque han de saber ustedes que hace unos años, y a causa de un terrible desengaño amoroso, se consagró al Señor, profesando en las Reparadoras. ¡Triste página la de aquellos amores! El galán, joven escritor, apuesto, de finas y correctas facciones, con el sedoso cabello cayéndole en pérfida onda sobre la frente, sedujo a la infeliz Pimentón y luego la abandonó por una popular tonadillera. Puede que algún día les cuente a ustedes con todos los detalles esta amarga historia.

UNA DECLARACION

Con mucho gusto declaro aquí, como ya he declarado ante el Juzgado, que el artículo “Un nuevo grande”, publicado el 9 de febrero en este mismo semanario, está escrito sin la menor intención de injuriar a don Juan Vitórica y Casuso, ni a nadie.

Además, para obtener de mí esta declaración, no necesitaba el demandante haberse molestado en acudir a los Tribunales, sino que le bastaba con haberme hecho saber la torcida interpretación que había dado a mis palabras.

¿Queda satisfecho con esto el conde de los Moriles? ¿Desea algo más?

No creo que se deslizase, contra mi voluntad, nada injurioso en mi artículo; pero, en último término, si el Sr. Vitórica cree lo contrario y tiene la bondad de señalarme concretamente cuál es el concepto que él estima injurioso, yo tendré sumo placer en aclararlo o rectificarlo.

¿Cree el Sr. Vitórica que en mi citado artículo se ponía en duda su capacidad mental, su talento?... Aunque así fuera, no tendría razón ninguna para querellarse, pues dicha



—Me parece que este pollo no viene aquí a pescar, sino a ver lo que se pesca.

Dib. de Garrido.

duda no constituye una injuria. Negar o poner en tela de juicio nuestra honradez y buena fe es ofensivo, mas no así nuestra altura intelectual. Si prevaleciese el criterio del Sr. Vitórica, toda crítica—hasta la más doctrinal, mesurada y respetuosa—sería imposible.

¡Un poco de humildad, señor conde! Tenga en cuenta que hasta el talento de los más grandes hombres ha sido discutido, sobre todo por sus contemporáneos.

Pero, de todos modos, ¿qué quiere usted que digamos? ¿Que es usted una gran mentalidad, la primera mentalidad de España, de Europa, del mundo?... Pues dicho está... ¿Que cree que lo decimos en sentido irónico y que con eso le injuriamos? Pues rectificamos al momento...

En fin, lo que usted quiera.

Mariano Benlliure y Tuero.



SALMONETES ASADOS

Mientras la criada, atareadísima, fregaba la loza, secaba los vasos y daba frecuentes paseos al comedor para llevar a la señorita Claudia los cubiertos, brillantes como de plata y los platos, aun tibios, acabados de sacar del lebrillo, la señora viuda de González, en alpargatas y vistiendo un sencillito traje de mañana, compuesto de falda fruncida, algo rota y no muy limpia, y gabán suelto en iguales condiciones de uso e higiene, solapaba afanosa y, de cuando en cuando, volvía con la punta del cuchillo los salmonetes, que saltaban de frescos.

—¡Que llaman!—gritó la señorita Claudia desde el comedor.

—¡¡Que llaman!!—chilló más apremiante la señora de González, en la cocina, mientras echaba a la sartén dos salmonetes más.

La criada corrió a la puerta.

Unos minutos después, la señorita Claudia, guapa, robusta, colorada como un tomate rojo y con un aire decidido que le daba cierto parecido a un sargento de carabineros, pe-

netró en la cocina. La señora viuda de González le indicó suavemente:

—¿A qué vienes, estúpida? ¿No está aún tu suegro? ¡Atiéndele. Dile que estoy en el tocador, que en seguida acabo. Mientras no fría esto no puedo ir.

—¡Ah! Pero ¿los estás friendo? Pues has metido la pata. Me acaba de decir el señor Saldá, que el salmonete es su plato favorito, pero que ha de estar asado. Que freírlo es echarlo a perder.

—¡Mi madre!—dijo en un rasgo de suprema distinción la señora viuda de González, mirando a su hija, desoñada.

—Asa los que quedan.

—¡Si quedan muy pocos!

—Pues no será por los que hay fritos.

Medio kilo y a cuatro pesetas. ¿Te parece poco?

—Mucho no es, pero de todos modos no hay más remedio que asar algunos. No saques los fritos.

—Si te parece, los tiraré.

Y la señora de González separó la sartén y puso la parrilla.

—Pero, ¿qué haces aquí? ¿Lo vas a dejar solo?

—Ya me voy, pero no saques los salmonetes fritos. Pensaré que no sabemos comer, que somos personas de mal gusto, gente ordinaria... Y, hasta quién sabe si se lo dirá a su hijo y le convencerá de que no debe casarse con una mujer que ignora el guiso propio de los salmonetes.

La señora viuda de González se puso en jarras.

—¡En seguida! ¿Que te crees tú eso? ¿Vas a tirar los salmonetes, que me han costado cuatro pesetas, porque a ti te dé la gana?

—Pero mamá, ¿que va en ello mi porvenir! Que los lleve Justina con la mano muy alta y que los ponga en el aparador para que sólo los vea de lejos... Nosotros comeremos poco para que él pueda repetir sin recurrir a los fritos.

—Dile que a tu hermano le gustan así.

—¡Ay, qué desgraciada soy!

—¿Quieres irte a la sala, pedazo de bestia? ¿Qué dirá ese hombre?

—Pero ¿qué es eso? ¿A mí no se me atiende?—dijo ese hombre, en el pasillo, con su voz gruesa y campechana.

La señorita Claudia corrió a su encuentro.

—¡Oh, papá, querido papá, por aquí, por aquí! ¿Buscaba usted el comedor? Mamá viene en seguida. Termina su tocado. Estas señoras mayores tardan más en arreglarse que las muchachas... ¡Pase, pase!...

La señora de González terminó de asar y

aliñar los salmonetes y fué a vestirse. Se frotó las manos con jabón de olor, sin conseguir que desapareciese del todo el tufo de los ajos. Luego entró en el comedor, donde su hija, encendida como un tomate, etc., colmaba de atenciones a su futuro suegro.

—¡Mi querido señor Saldá!...

—¡Señora!...

Pudo acercarse a Claudia, antes de sentarse a la mesa, y le encareció:

—De los asados, medio. Que siquiera pueda comer dos, y uno para que vea que sobra. No alcanza más.

—Descuida; avisa a Felipín.

Entró Felipín. Un chico de diez años, antipático como casi todos los de su edad y que se había limpiado las uñas. El señor Saldá se creyó en el deber de decir:

—¡Hola, hola, el pollo de la casa!

Y el pollo de la casa, en el de corresponder a esta gentileza con otra no menos gentil, cual es la de mirarle descaradamente y enseñar los dientes bastante sucios.

—¡Ea, a la mesa!—dijo alegremente la señora viuda de González. Y en voz baja a Felipín:

—Del asado, etc., etc.

—¡Si a mí no me gustan los salmonetes, mamá!

—Mejor, mucho mejor. Así tu hermana comerá uno entero.

El señor Saldá comía con apetito. Al ver el plato en manos de la doméstica, dijo:

—¡Salmonetes!

—Salmonetes, papá; su plato favorito.

La señora de González se sirvió uno. La señorita Claudia fué a servirse medio.

—Vamos, niña, eso es muy poco—dijo el señor Saldá.

—No puedo, no soy capaz de comer uno entero.

—¿No te gustan?

—¡Muchísimo! Pero no tengo apetito.

—Eso no es verdad; medio salmonete cabe en cualquier parte.

—Vamos Claudia, no seas pesada. Es ridículo comer medio salmonete nada más—ordenó, indignada, la señora viuda de González. Pero la señorita Claudia resistía, heroica:

—¡Que no, que no!...

—No seas remilgona—le gritó su hermano.

El señor Saldá le sirvió el salmonete entero. Ella empezó a comer, consernada. Miró a su madre, que estaba radiante, mientras decía:

—Usted, señor Saldá. ¿Uno nada más? Sirvase otro... aún otro más...

—Pero... ¿y el niño?

—A mí no me gustan.

—¡No le gustan!—suspiró la señorita Claudia, tranquilizada.

—No le gustan — afirmó su mamá. Y a Justina:

—Trae más salmonetes. Querrá repetir el señor Saldá.

Respiraron tranquilas cuando le oyeron:

—No... yo no quiero más...

Alfonso Lasag.



TEATRO REAL

UN ESTRENO

Vino Ofelia Nieto por casualidad. Pero Fleta no viene ni por casualidad...

Sin embargo, la compañía es de fuerza... ¡No duden ustedes! Tan de fuerza es... que ha puesto Sansón.

¡Más fuerza, imposible!

Cuando el bíblico templo se derrumba, lamentan muchos dilettantis que el derribo no sea total, desde el foyer al cuartefilón de los bomberos.

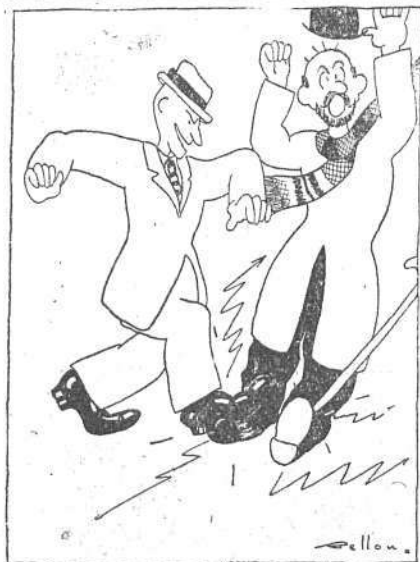
Ultimamente se ha estrenado *La favorita*, obra de un tal Donizetti que ha revolucionado el pentagrama con su modernísima música.

Confidencialmente nos comunican que el maestro Saco del Valle se ha matriculado en el Conservatorio para aprender solfeo.

Los tres hemo



—¿Usted tiene callos?
—¡Ay! Sí, señor.



—Pues... ¡tome!

Dib. de Bel'ón.

Retratos comentados

Eugenia Galindo



Este retrato tiene dos caídas, a saber: la de ojos y la de seda.

La de ojos es una caída como para matarse... por sus encantos.

¡Oh, arcos bizantinos de las cejas, que por su finura son cejillas!

¡Oh, abanicos ecuatoriales de las pestañas!

¡Oh, pétalos de rosa de los párpados!

Ya está bien.

La caída de seda, con su lazo estratégico —¡quién cayera en ese lazo!—, trae a nuestra calenturienta imaginación el recuerdo inefable de lo que en la Grecia de los antepasados de Theotocópulos y Venizelos se llamó el cinturón de Venus; cinturón que no debe confundirse con la cadenita de Salamhó, de que nos habla Flaubert, y que aprisionaba los tobillos de las doncellas de Cartago.

El cinturón de Venus iba más allá. Era una... cosa... que se... ¡Voy!...

Con el permiso de ustedes, voy a ver qué me quiere este caballero.

—Usted dirá, señor, ¿qué desea?

—Pues mire usted...

—¿Hacia dónde?

—Es un decir, o *modus loquendi*.

—Bien; prosiga.

—Yo he visto más de cien veces el Arco Iris.

—¿Va usted a ver regar los días de sol?

—Me refiero a la revista—¡y tan revista!— que echan en Apolo.

—¡Ah! Como a mí.

—¿A usted?

—A mí me echan siempre que voy, porque escandalizo de entusiasmo.

—Y no es para menos. El caso es que yo soy un admirador de la señorita Galindo.

—Me parece bien. Tiene usted mejor gusto que un merengue de fresa.

—¡Me enfloquece! Sobre todo en el acto primero, cuando sale de rumba. ¡Oh! ¡En cuanto sale!...

—¡Derrumba, usted lo ha dicho!

—Y yo quisiera que publicasen ustedes un retrato de la imponderable Eugenia.

—¡Hele aquí!... Ahora mismo estaba haciendo su comentario para enviarlo al fotograbado.

—¡Ah!... ¡Gran Dios! ¡Ella!... ¡Ay de mí!... ¡Agua!...

—¡Agua! ¡Botones!... ¡Un vaso de agua!...

—¡Agua... árdese que me ponga los lentes!

—¡Ah!

—¡Tartamudeo de emoción! ¡No se lo lleve usted aún! ¡Déjemelo que lo vea tran... tran...!

—Tranquilo.

—Tranteiro. Es que canto de alegría. Déjeme que lo coja. Me haré la cuenta de que la tengo entre mis brazos.

—A propósito de cuentas. Fíjese usted las que se ha echado ella sobre los hombros. Admire usted la línea que dibuja el collar. Eugenia lo está mirando y sonriéndose, como si se dijese: ¡Ja ja! ¡Estas cuentas están equivocadas! ¡Pues no pretenden compararse con mis dientes!

—No, no. La mirada de Eugenia va dirigida a su corazón, y se sonríe contemplando el precioso estuche en que lo tiene preso, ¡por malo!

—Eso lo dice usted porque no le habrá contestado quizá alguna cartita...

—Naturalmente.

—¡Mire! ¡Fíjese cómo se acentúa la sonrisa de Eugenia!

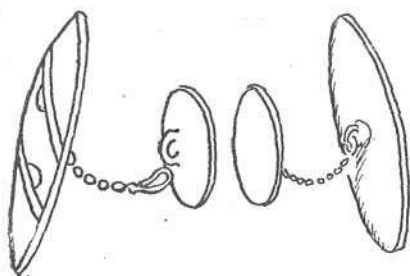
—Es "giocondesca"!

—En efecto. Es una mujer muy Monna.

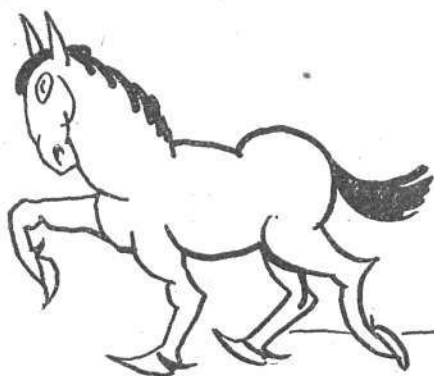
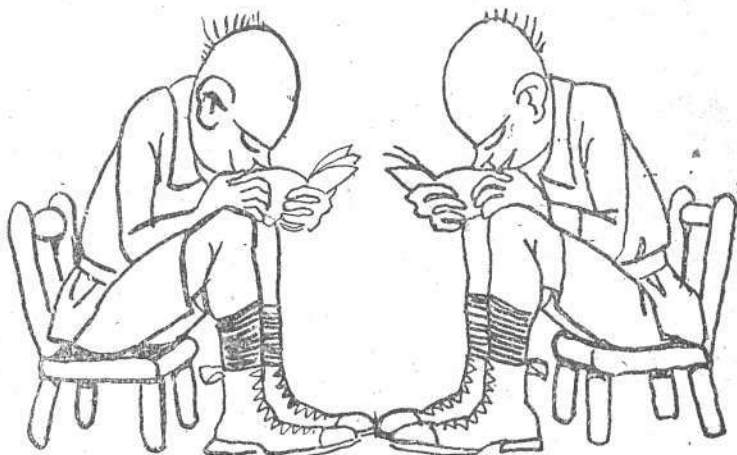
—¡Pero nada Lisa!

Ele.

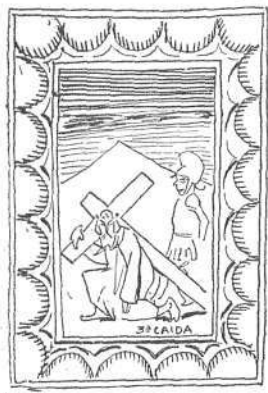
NO ES LO MISMO....., por Díaz-Antón.



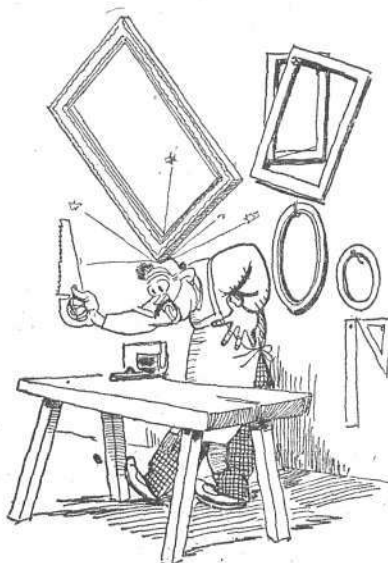
... Unos gemelos de buena aplicación...,
... que la buena aplicación de unos ge-
melos...;



... el noble bruto..., que el bruto noble...;



... el marco de La
Caída,... que la caí-
da del marco...



DÍAZ-ANTÓN

Y, finalmente, no es lo mismo... leche de
mala cara... que cara de mal genio.

GALERÍA DE SEMBLANZAS

DOMENICO THEOTOCOPULI



Este que veis aquí es Domenico Theotocópuli, el "Greco", largo como su nombre; caricaturista de la raza. Hasta ahora, fué desconocido de los críticos, quienes son los últimos que se enteran, y no se enteran nunca.

Nació en Grecia, pero emigró de allí, como los dioses. Pintó bastante bien, tanto, que se le ha reservado una sala en el Museo, tiene además casa propia en Toledo, y... hay que ver cómo están las casas... Mas, a pesar de pintar mejor que Garbello, no ha merecido un mal diploma, ni falta que le hace.

Este compatriota de Apeles Mes- tres, en nuestra barraca nacional, vivió de sus espejos cóncavos, que alongan las figuras. Nadie ha pintado mejor que el Solitario de Toledo a un hombre con la solitaria.

Floreció allá por los años de 1585 a 1614; pero, realmente, murió el 1922, a manos del copista Domenech, quien llegó a decir que le superaba; y el plagio es lícito cuando, después de matar... se roba.

Retrató Domenico a todos las sanguijuelas ilustres de su época, y presintió el kilómetro en el famoso cuadro de San Juan Evangelista. Su

obra más grande es el Sepelio del señor Conde de Orgaz; el sepelio y la muerte: porque Theotocópuli solía colgar a sus modelos del techo, tenía los sin comer quince días y luego los pintaba. El señor conde no pudo soportar la prueba, y feneció ahorcado; y el "Greco" hubo de legar a los siglos una de las obras más geniales de la funeraria.

"El Caballero de la mano al pecho" se queja eternamente contra su autor por ese inquisitorial martirio del potro pictórico.

Se dice del pintor de las barras de Viena la anécdota que sigue, de que no respondemos absolutamente:

Un día, su amigo íntimo, visitador de Toledo, Zuloaga, encontró a Domenico muy preocupado.

—¿Qué os pasa, tocayo?—le preguntó.

—Loco estoy, ¡vive el cielo!—dijo Theotocópuli.

—Magüer; ¿qué es la cosa?

—Pues ahí es nada: que pintar tengo al seor don Diego San José, ¡y, voto a tal, que non puedo alargarlo!...



Del Carnaval

Los que tenemos costumbres morigeradas y somos enemigos del vicio y del escándalo, sufrimos horriblemente en estos días de disipación y de pecado, que se agrupan bajo el nombre nefando de Carnaval; días de prueba en que las almas puras son tentadas por el enemigo malo y no salen victoriosas de la terrible lucha, si no es a costa de sacrificios inmensos y de tenerse continuamente sobre sus guardas, a fin de no escuchar las melifluas insinuaciones de tan abyecto ser.

Desgraciados de aquellos que, dejándose llevar por sus perversos instintos, cubren su rostro con un trozo de cartón o percalina y se lanzan, inconscientes del peligro que corren, en la vorágine turbadora que puebla en estos días las calles, los paseos y los disolutos lugares en que se danza y se ingiere bebidas enloquecedoras. ¡Cuán caros habrán de pagar sus abominables placeres!

Comprendemos, sin embargo, que la seducción es de una fuerza casi irresistible y que para vencerla es preciso poseer la fortaleza de espíritu, que se ha servido concedernos quien todo lo puede. Comprendemos esto, y compadecemos de todo corazón a los infelices que se dejan llevar por el impulso de sus pasiones desenfrenadas.

No queremos hacer gala de una sensatez superior a la de muchos de nuestros semejantes, pero estamos seguros que muy pocos sabrán rechazar, como nosotros, la tentación de los goces que nos brinda el Carnaval; y no creemos pecar de soberbios, al proclamar muy alto el elevado concepto que por ello nos merece nuestra propia virtud.

Déjeseos esta pequeña vanidad, que bien disculpable es después de los enormes sacrificios que nos han hecho acreedores a tan inocente satisfacción; porque nosotros, a pesar del encanto pecaminoso que todo ello promete encerrar, jamás nos hemos dirigido, con voz aflautada y rostro encubierto a un señor perfectamente desconocido para nosotros, preguntándole si acaso tenía el honor de conocernos a su vez. Es más, ni siquiera hemos gustado el placer de ingerir esos minúsculos papellitos llamados confetis, que tan voluptuosamente son masticados y engullidos por las personas disolutas.

Jamás hemos experimentado este otro placer de golpear amablemente el cráneo de un amigo con el casco de una botella, cuyo contenido hubiéramos trasegado previamente a nuestro estómago; nunca hemos recibido—consecuencia natural de tan dulces expansiones—el cariñoso bofetón que nos arranca elegantemente un par de huesos de la cavidad bucal. En ninguna ocasión hemos saboreado el encanto voluptuoso de permanecer, durante una noche, en la comisaría correspondiente, y en la compañía de carteristas, damas amables y demás gentes de distinción.

Y por esto nos creemos con autoridad suficiente para clamar, con todas las fuerzas de nuestra alma, contra esta fiesta pagana, empecatada y abominable.

Mariano Tomás.



The Kon Leche

KRÓNICA
TAURÓMAKA
POR
KURRO
KA STAÑARES

CHARLAS AL VUELO

¡Pues... tiene razón!

—¡Enhorabuena, Manolo!
—¡Junga!... ¿Y por qué?
—Hombre, por esa ventajilla del nuevo reglamento.

—¿Ventajilla?

—Naturalmente... No tener que publicar con tiempo los carteles de cada una de las corridas de abono es un alivio grande para la Empresa.

—No; alivio no es... Es que no había, sencillamente, necesidad de publicarlos. Con figuras eminentes como Gallito y Belmonte es natural que los aficionados desearan saber al detalle sus actuaciones. Con pelanas coletudos como los que ahora gastamos, es contraproducente el anticipo del programa.

—¿Usted cree?

—Es claro... Si la gente ve de golpe la mano de toreros malos que va a tener que aguantar, créame usted que se abonan... a cualquier campo de foot-ball.

—Y de lo del peso.

—Eso sí es ventaja, porque al reglamentar que se dé el peso en las dehesas, comprenderá usted que no habrá ganadero que no declare las treinta y dos arrobas..., aun para los becerros de Charlot y Llapisera.

—Es posible que esto enoje a muchos aficionados. Uno conozco yo que quiere a todo trance que se pesen los toros vivos en romana, fajándolos por la barriga.

—¿Y quién es el guapo que los iba a fajar?

—¿Que quién?... Pues cualquier veterinario de los que, según ese mismo taurófilo, debían reconocer la edad del ganado en los corrales, mirándoles detenidamente los dientes.

—¡¡¡...!!!



SE EMPEZÓ EL MELÓN

Como anticipo del Carnaval, comenzó la temporada taurina de Madrid y sus arrabales el domingo pasado, en la chata de Carabanchel.

Corrieronse bichos de D. Gumer-sindo Llorente, pero no dieron juego a pesar de ser de Barajas.

En la lidia pintaron bastos, pues ninguno de los espadas se hará de oro con lo que realizaron.

No se divirtieron con las faenas de David, Escudero y Avia más que los que fueron a la plaza con dos copas, que se divierten en cualquier parte.

¡Y ustedes perdonen que la reseña, acorde con la fiesta, nos haya salido tan malilla!



El chico.—Pos si usté ma visto torear comprenderá que me esperan grandes éxitos en Lima.

El torero.—¿En Lima? ¡Como no te meta a serrajero lo veo morao!

¡VAYA GUASA!

Castillito y Alvarado, toreros de sevillana condición, en Barcelona se saludan por las ramblas.

—¿Qué hay, Castillito?

—Ya ves

este grano de la barba que me trae más acharao que la mar. (Y le señala un divieso bajo un parche redondo de lana parda.)

—¿No sabes tú lo que es eso?

—dice Alvarado—. ¡Eso es guasa, que te sale por el cuerpo!

Y el otro, iracundo exclama:

—Oye, esaborío, si eso se saliera así a la cara, necesitabas tú entonces para parches ¡una capa!

ARCHIVO ANECDÓTICO

¡Como el betún!

En un gran diario de la noche..., lo diremos con iniciales: en *La Voz*, había un redactor más salado que un canasto de camarones. El hombre tenía ciertos derechos eventuales a escribir la reseña de toros..., pero para ello era precisa la ausencia o la enfermedad del formidable amigo Clavo (*Corinto y Oro*), y aun en este caso hacía falta también la enfermedad o la ausencia del extraordinario camarada Mayral (*Corinto y Plata*).

El cronista reserva pasaba la pena negra viendo que ni Maximiliano ni Pepe Luis le dejaban meter baza en la suspirada sección.

Una tarde, alguien le preguntó en la redacción, con siete gatos en la barriga:

—Bueno, galán, y cuando hagas esa reseña ¿cómo vas a firmar?

—¿Yo? Pues... *Corinto y Azabache*.

—Y azabache... ¿Por qué?

—¿Que por qué?... Pues... ¡porque me voy a ver negro para hacer una revista!



GOTAS DE ANÍS

Marcial Lalanda es ya soldado, y, como otros compañeros, lanza a la publicidad el suceso como si fuera una estocada frascuelina.

Y en cuanto sale el retinto todo es miedo, todo es mañana... ¡Sin embargo, nos extraña que tomen así... de quinto, a la afición en España!

Bombita ofrece su dinero para la adquisición de un Sanatorio con destino a los lidiadores heridos o enfermos.

Fué Ricardo, corazón de león batiendo al toro... Mas ahora, en esta ocasión, le juzgará la afición como corazón de oro.



A-SE-FINANDO EL TIEMPO POR "PISCIS"



EL TIEMPO ES COBRE

por Núñez Triplicado

—¿En qué se parecen los tuberculosos a las aceitunas?

—En que se quedan en los huesos.

—¿A qué cantidad tienen más odio los vendedores?

—A la de "no-venta".

—¿Y la más agradable para los enamorados?

—La de se-tenta.

—¿Y la más precisa en un apuro?

—La de 100.

—¿Cuál es la capital de nación que al mismo tiempo es establecimiento de bebidas?

—La de Suiza, porque es-taBerna.

—¿Y el colmo de una persona que haya perdido alguna cosa?

—Acercarse hasta Rumania, porque ¡Bucar-est!

—¿Qué haría un marido, cuya mujer, llamada Lucía, se hubiese fugado del domicilio conyugal?

—Buscarla en el sur de España, pues por allí Anda-lucía.

—¿Cuál es la provincia de España que se pronuncia con una sola sílaba?

—Granada, porque después de Granada.

—Como es público, S. M. tiene ofrecido un premio al hombre que tenga hijos; ¿a quién creen ustedes acreedor a dicho premio?

—A Charlot, porque siempre está en-cinta.

Cupón núm. 5
para el concurso
de pasatiempos



—El señor salió esta mañana.
—Vengo a pagarle una deuda.
—...Y regresó en seguida.

Dib. de R. Serm.

20.—COMODIDAD

LA NOVELA DE HOY

que es sin disputa la mejor Revista en su género, publica esta semana una encantadora y sugestiva narración, llena de interés y belleza, titulada

La que se murió de pena

original del ilustre y popular escritor

Alberto Valero Martín

que tan resonante éxito obtuvo en

LA NOVELA DE HOY

con su anterior obra

Un crimen pasional.

Los dibujos, de Izquierdo Durán, la caricatura, de Sirio y el Prólogo de ARTEMIO PRECIOSO, completan el valor de esta novela, tan plena de emoción, romanticismo y palpitante interés.

Lea usted

La que se murió de pena

por

Alberto Valero Martín

En el próximo número,

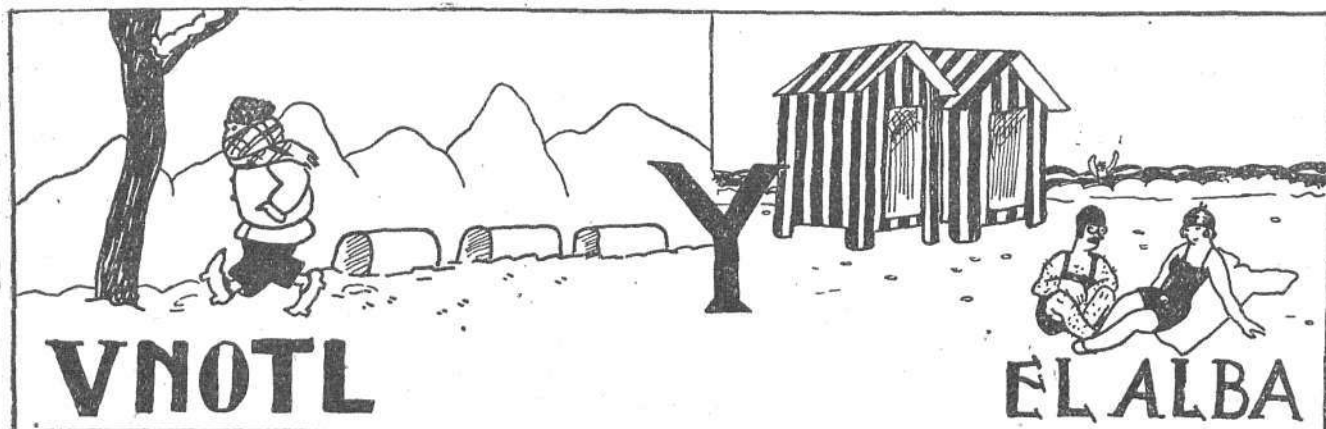
Historia de un drama que no gustó,

por **Eduardo Zamacois.**

Coleccione usted «La Novela de Hoy»

30 céntimos ejemplar.

Rivadeneyra (S. A.).—P.º S. Vicente, 20.



≡ MUCHAS GRACIAS ≡

REVISTA CÓMICO-SATÍRICA

Director: ARTEMIO PRECIOSO. — Redacción y Administración: MENDIZABAL, 42
TELEFONO 24-53 J. MADRID APARTADO 473.

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

(PAGO ANTICIPADO)

MADRID Y PROVINCIAS			EXTRANJERO	
Año.....	14 pts.		Año.....	22 pts.
Semestre...	8 —		Semestre....	14 —

PORTUGAL Y AMERICA: AÑO, 16 PESETAS; SEMESTRE, 10.

LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE PROVINCIAS PUEDEN EFECTUAR LOS PAGOS POR MEDIO DE GIRO POSTAL, SELLOS DE CORREOS O SOBRE MONEDERO

EL HIJO LEGAL

— POR —

Artemio Precioso

CON UN PROLOGO DE
FERNANDEZ FLOREZ

CUATRO PESETAS

en librerías y en

LA NOVELA DE HOY

Mendizábal, 42.

En breve aparecerá

ROSA DE CARNE

(Historia de un libro erótico)

NOVELA POR

Artemio Precioso

....

Un tomo de más de 300
páginas, con ilustracio-
nes de DEMETRIO,
lujosamente editado.

...

Pedidos a

La Novela de Hoy

CINCO pesetas ejemplar.

Peluquería MODERNA

— DE —

Luis Merinas

Mendizábal, número 42.

CONFORTABLE Y LU-
JOSA INSTALACION

SERVICIO ESMERADO Y
POR LOS MAS MODER-
NOS PROCEDIMIENTOS

≡ LA NOVELA DE NOCHE ≡

SERIE QUINCENAL

Próximamente aparecerá la colección de novelas galantes más sugestiva y más selecta que se ha editado en España.

Obras de "El Caballero Audaz", Emilio Carrère, Alberto Insúa, Eduardo Zamacois,
Joaquín Belda, Artemio Precioso, Alvaro Retana, López de Haro, Díaz de Tejada,
Valero Marín y otros. Ilustraciones de Ribas, Penagos, Demetrio, Varela de Seljas, Ochoa y Baldrich.

Cada tomo contendrá una novela rigurosamente original e inédita, de 120 a 150 páginas, con
magnífica portada en colores y numerosos dibujos intercalados en el texto.

Precio: UNA peseta volumen.

MUCHAS
GRACIAS



COQUETERIA

—¡Es inadecuado que vistáis como chiquillas las mujeres muy hechas!
—Supongo que al decir muy «hechas», has querido decir «bien terminadas».